

PRIMERA PARTE

EL ÁRBOL DE LA FIEBRE

Capítulo uno

Durante sus primeros cinco años de vida, Alma Whittaker fue sin duda una mera pasajera en el mundo (al igual que todo el mundo a esa edad temprana), por lo cual su historia no era aún noble ni especialmente interesante, salvo el hecho de que esta niña poco agraciada pasara sus días sin enfermedad ni incidentes, rodeada de una riqueza casi impensable en los Estados Unidos de la época, ni siquiera en la elegante Filadelfia. Cómo su padre llegó a poseer semejantes riquezas es una historia digna de contarse aquí, mientras aguardamos a que la niña crezca y despierte nuestro interés de nuevo. Al fin y al cabo, en 1800 no era más común que en otras épocas que un hombre nacido en la pobreza y casi analfabeto llegase a ser el más rico habitante de su ciudad, de modo que los medios por los cuales Henry Whittaker prosperó son en verdad interesantes, aunque carezcan, tal vez, de nobleza, como él mismo habría sido el primero en confesar.

Henry Whittaker nació en 1760 en la aldea de Richmond, un poco más allá del río Támesis de Londres. Fue el hijo más joven de unos padres pobres que ya tenían demasiados hijos. Creció en dos pequeñas habitaciones de suelo de tierra pisoteada, de techo casi aceptable, de comida en el fogón casi todos los días,

de madre que no bebía y de padre que no maltrataba a su familia; en otras palabras, en comparación con muchas familias de entonces, la suya era una existencia casi refinada. Su madre disponía incluso de un rincón de tierra detrás de la casa donde cultivaba espuelas de caballero y altramuces, para decorar el entorno, como una dama. Pero Henry no se dejaba engañar por espuelas de caballero ni altramuces. Creció durmiendo separado de los cerdos apenas por una pared, y no hubo un solo momento de su vida en que la pobreza no lo humillase.

Quizá a Henry le habría ofendido menos su destino de no haberse visto rodeado de una riqueza con la cual comparar sus precarias circunstancias..., pero el muchacho creció rodeado no solo de fortunas, sino de realeza. Había un palacio en Richmond y había un parque recreativo llamado Kew, cultivado con destreza por la princesa Augusta, quien había traído consigo desde Alemania un séquito de jardineros dispuestos a crear un paisaje falso y majestuoso en esos humildes pastos ingleses. Su hijo, el futuro rey Jorge III, pasó ahí los veranos de su infancia. Cuando llegó al trono, Jorge III aspiró a convertir Kew en un jardín botánico digno de sus rivales del continente. Los ingleses, aislados en su isla fría y húmeda, se encontraban muy a la zaga del resto de Europa en cuanto a la botánica y Jorge III deseaba ponerse al día.

El padre de Henry era hortelano en Kew: un hombre humilde respetado por sus señores, tanto como era posible respetar a un humilde hortelano. El señor Whittaker tenía un don con los árboles frutales, y los tenía en alta estima. («Compensan a la tierra por las molestias — solía decir —, no como los otros»). Una vez salvó el manzano favorito del rey trasplantando un esqueje del alicaído ejemplar en un patrón más robusto, que selló con arcilla. El árbol dio fruto ese mismo año, y no tardó en producir fanegas. Por este milagro, el mismísimo rey apodó al señor Whittaker «el Mago del Manzano».

El Mago del Manzano, a pesar de todo su talento, era un hombre sencillo, con una esposa tímida, pero tuvieron seis hijos rudos y violentos (entre ellos, el Terror de Richmond y otros dos que acabarían muertos en trifulcas tabernarias). Henry, el más joven, era, en cierto modo, el más rudo de todos ellos, y quizás lo fuera por necesidad, para sobrevivir frente a sus hermanos. Era obstinado y resistente como un pequeño galgo, un pilluelo delgaducho y explosivo que recibía estoicamente y sin falta las palizas de sus hermanos; su temeridad a menudo era puesta a prueba por los demás, que gustaban de desafiarlo. Incluso lejos de sus hermanos, Henry era un experimentador peligroso, un provocador clandestino de incendios, un hostigador de amas de casa que correteaba por los tejados, una amenaza para los niños pequeños, un muchacho que no habría sorprendido a nadie si se hubiese caído de un campanario o se hubiese ahogado en el Támesis, aunque por pura casualidad nada de eso llegó a ocurrir.

Sin embargo, a diferencia de sus hermanos, Henry contaba con una cualidad redentora. Dos, para ser exactos: era inteligente y le interesaban los árboles. Habría sido una exageración afirmar que Henry veneraba los árboles, como le ocurría a su padre, pero le interesaban porque era de lo poco que podía aprender con facilidad en ese mundo precario, y la experiencia ya había mostrado a Henry que aprender cosas otorgaba ciertas ventajas sobre otras personas. Si uno quería seguir viviendo (y Henry quería) y quería prosperar (y Henry quería), entonces debía aprender todo lo que pudiese aprender. Latín, caligrafía, tiro con arco, montar a caballo, bailar..., todo ello estaba fuera de su alcance. Pero tenía árboles y tenía a su padre, el Mago del Manzano, que pacientemente se tomó la molestia de instruirlo.

Así que Henry lo aprendió todo acerca de las herramientas del horticultor para trabajar con la tierra y la cera, de los instrumentos de cortar, además de los trucos de los injertos, los hierbajos, la siembra y la poda con buena mano. Aprendió

a trasplantar árboles en primavera, si el suelo estaba húmedo y apelmazado, o en otoño, si el suelo estaba suelto y seco. Aprendió a sujetar los albaricoques con una estaca y a cubrirlos para protegerlos del viento, a cultivar cítricos en el invernadero, a ahumar el moho de las grosellas, a amputar las ramas enfermas de las higueras y a identificar cuándo no valía la pena. Aprendió a arrancar la corteza maltrecha de un árbol viejo y a derribarlo, sin sentimentalismos ni remordimientos, con el propósito de reclamarle revivir durante una docena más de estaciones.

Henry aprendió mucho de su padre, aunque le avergonzaba como hombre, pues pensaba que era débil. Si el señor Whittaker realmente era el Mago del Manzano, razonaba Henry, entonces, ¿por qué la admiración del rey no se había transformado en riqueza? Había ricos más estúpidos..., y abundaban. ¿Por qué los Whittaker vivían aún junto a los cerdos cuando ahí al lado se extendían los jardines verdes del palacio y las agradables casas de las damas de honor, donde dormían las sirvientas de la reina bajo sábanas de lino? Henry, tras encaramarse a lo alto de un sofisticado muro, divisó a una dama, ataviada con un vestido color marfil, que adiestraba un immaculado caballo blanco mientras un sirviente tocaba el violín para regocijo de su señora. Esas personas vivían así ahí mismo, en Richmond, mientras los Whittaker ni siquiera tenían suelo.

Pero el padre de Henry nunca luchó por las cosas buenas de la vida. A lo largo de treinta años había ganado el mismo salario miserable y ni una vez lo había discutido, y nunca se quejó de trabajar al aire libre en ese clima horrendo, durante tanto tiempo que su salud se echó a perder. El padre de Henry había sido siempre muy comedido, en especial al tratar a sus superiores, y para él todos los demás eran sus superiores. El señor Whittaker se esforzaba en no ofender nunca y en no aprovecharse de nada, incluso cuando las ventajas pendían maduras, al alcance de la mano. Le dijo a su hijo: «Henry, no seas osado. Solo

puedes degollar a la oveja una vez. Pero, si tienes cuidado, puedes esquilársela todos los años».

Con un padre tan pusilánime y complacido, ¿qué podría esperar Henry de la vida, salvo lo que pudiese arrebatarse con sus propias manos? «Un hombre debe lucrarse — empezó a decirse Henry a sí mismo cuando apenas tenía trece años—. Un hombre debe degollar una oveja al día».

Pero ¿dónde encontrar la oveja?

Fue entonces cuando Henry Whittaker comenzó a robar.

A mediados de la década de 1770, los jardines Kew se habían convertido en un arca de Noé botánica, con miles de especímenes ya en la colección y nuevos ejemplares que llegaban cada semana: hortensias del Lejano Oriente, magnolias de China, helechos de las Indias Occidentales. Más aún, Kew tenía un nuevo y ambicioso superintendente: sir Joseph Banks, recién llegado de su triunfal viaje alrededor del mundo como botánico jefe en el *Endeavour* del capitán Cook. Banks, que trabajaba sin recibir sueldo alguno (solo le interesaba la gloria del Imperio británico, decía, a pesar de que hubo quien sugirió que tal vez le interesaba un poquito la gloria de sir Joseph Banks), recolectaba plantas con una pasión furiosa, en su compromiso de crear un espectacular jardín nacional.

¡Oh, sir Joseph Banks! ¡Ese hermoso, putaño, ambicioso y competitivo aventurero! Era todo lo que el padre de Henry no sería nunca. A los veintitrés años, una herencia torrencial de seis mil libras al año había convertido a Banks en uno de los hombres más ricos de Inglaterra. Posiblemente, era también el más apuesto. Banks podría haber dedicado su vida al lujo y al ocio, pero en su lugar aspiró a convertirse en el más audaz de los exploradores botánicos, vocación que asumió sin sacrificar ni

un ápice de elegancia o glamur. Banks pagó de su bolsillo una buena parte de la primera expedición del capitán Cook, lo cual le brindó el derecho a llevar en ese pequeño barco dos sirvientes negros, dos sirvientes blancos, un botánico de repuesto, un secretario científico, dos artistas, un dibujante y un par de galgos italianos. Durante esta aventura de dos años, Banks sedujo a reinas tahitianas, bailó desnudo en las playas junto a salvajes y contempló a jóvenes paganas cuyas nalgas eran tatuadas a la luz de la luna. Trajo consigo a Inglaterra a un tahitiano llamado Omai, que habría de ser su mascota, y también trajo cerca de cuatro mil especímenes de plantas, casi la mitad de las cuales eran desconocidas para la ciencia. Sir Joseph Banks era el hombre más famoso y gallardo de Inglaterra, y Henry lo admiraba sin reservas.

Pero, de todos modos, le robó.

Simplemente, la oportunidad se presentó, y era una oportunidad demasiado evidente. En los círculos científicos Banks era conocido no solo como un gran coleccionista botánico, sino también como un gran acaparador. Los caballeros dedicados a la botánica, en aquellos días tan educados, solían compartir sus descubrimientos con generosidad, pero Banks no compartía nada. Profesores, dignatarios y coleccionistas acudían a Kew procedentes de todo el mundo, con la razonable esperanza de obtener semillas y esquejes, así como muestras del rico herbario de Banks, pero este se negaba en redondo.

El joven Henry admiraba al Banks acaparador (él tampoco habría compartido sus tesoros, de poseerlos), pero no tardó en ver una oportunidad en los rostros enojados de esos visitantes frustrados. Los esperaba en las afueras de Kew y los abordaba cuando salían de los jardines, maldiciendo a veces a sir Joseph Banks en francés, alemán, holandés o italiano. Henry se acercaba, les preguntaba qué muestras deseaban y prometía adquirirlas antes de que la semana acabase. Siempre llevaba una tablilla y un lápiz de carpintero; si los hombres no hablaban inglés,

Henry les pedía que dibujasen lo que necesitaban. Todos ellos eran excelentes artistas botánicos, de modo que sus necesidades quedaban muy claras. Por la noche, ya tarde, Henry entraba a hurtadillas en los invernaderos, pasaba como una flecha entre los trabajadores que mantenían encendidas las estufas gigantes durante esas noches gélidas y robaba plantas para lucrarse.

Era el muchacho indicado para esa tarea. Se le daba bien identificar las plantas, era un experto en mantener con vida los esquejes, su cara era tan familiar en los jardines que no despertaba sospechas y cubría sus huellas con destreza. Lo mejor de todo: daba la impresión de que no necesitaba dormir. Trabajaba todo el día con su padre en las huertas, tras lo cual robaba durante toda la noche: plantas raras, plantas preciosas, zapatillas de dama, orquídeas tropicales, maravillas carnívoras del Nuevo Mundo. Además, guardaba todos los dibujos de plantas de esos distinguidos señores y los estudiaba hasta memorizar todos los estambres y pétalos de las plantas que el mundo deseaba.

Como todos los buenos ladrones, Henry era escrupuloso respecto a su propia seguridad. No confió a nadie su secreto y enterraba sus ganancias en varios escondites en los jardines Kew. No gastó ni un penique. Dejó que la plata reposase bajo la tierra, como una raíz vigorosa. Quería que la plata se acumulara, hasta brotar con una acometida, para otorgarle el derecho a convertirse en un hombre rico.

Al cabo de un año Henry contaba con varios clientes habituales. Uno de ellos, un anciano cultivador de orquídeas del Jardín Botánico de París, ofreció al muchacho quizás el primer cumplido agradable de su vida: «Eres un pilluelo muy útil, ¿no es así?». Al cabo de dos años, Henry administraba un próspero comercio vendiendo plantas no solo a botánicos serios, sino a un círculo de ricos nobles londinenses que deseaban ejemplares exóticos para sus colecciones. Al cabo de tres años, enviaba clandestinamente muestras de plantas a Francia e Italia, embalan-

do con destreza los esquejes en musgo y cera para que sobreviviesen el viaje.

Al final del tercer año, Henry Whittaker fue descubierto... por su propio padre.

El señor Whittaker, que solía dormir profundamente, notó que su hijo salía de casa pasada la medianoche y, abatido por las sospechas instintivas de un padre, siguió al muchacho al invernadero y vio cómo seleccionaba, cómo robaba, cómo embalaba con mano experta. Reconoció de inmediato la prudencia característica con la que actúa un ladrón.

El padre de Henry no había pegado nunca a sus hijos, ni siquiera cuando lo merecían (y lo merecían con frecuencia), y no pegó a Henry esa noche. Tampoco se encaró con él. Henry ni siquiera supo que había sido descubierto. No, el señor Whittaker hizo algo mucho peor. A primera hora de la mañana siguiente, solicitó una audiencia personal con sir Joseph Banks. No era un hecho frecuente que un pobre diablo como Whittaker rogase hablar con un caballero como Banks, pero el padre de Henry se había ganado cierto respeto en Kew a lo largo de treinta años de trabajo incansable para justificar semejante intromisión, solo por esta vez. Era un hombre pobre y viejo, sin duda, pero también era el Mago del Manzano, el salvador del árbol favorito del rey, y ese título le otorgó el derecho a ser recibido.

El señor Whittaker se acercó a Banks casi de rodillas, la cabeza gacha, penitente como un santo. Confesó la historia humillante de su hijo, aderezada con la sospecha de que Henry probablemente había robado durante años. Presentó la dimisión de su puesto en Kew como castigo, con tal de que no detuviesen ni hiciesen daño al muchacho. El Mago del Manzano prometió llevar a su familia lejos de Richmond, de modo que el apellido Whittaker no volviese a mancillar ni a Kew ni a Banks nunca más.

Banks, impresionado por el exacerbado sentido del honor del hortelano, rechazó la dimisión y requirió al joven Henry en

persona. Una vez más, se trataba de un hecho inusual. Si era extraño que sir Joseph Banks recibiese a un cultivador analfabeto en su despacho, era aún muchísimo más extraño que recibiese a un ladronzuelo de dieciséis años hijo de un cultivador analfabeto. Probablemente, debería haber ordenado que detuviesen al niño, sin más. Pero el robo era un delito castigado con la horca, niños mucho más jóvenes que Henry habían acabado en el patíbulo..., y por infracciones mucho menos graves. Si bien el ataque a su colección era irritante, Banks sentía la suficiente simpatía por el padre como para investigar el problema en persona antes de llamar al alguacil.

El problema, cuando se presentó en el estudio de sir Joseph Banks, resultó ser un joven larguirucho, pelirrojo, de escasas palabras, de mirada borrosa, de hombros anchos, de pecho hundido, con la piel pálida y ya curtida por estar expuesta con demasiada frecuencia al viento, la lluvia y el sol. El muchacho, malnutrido pero alto, tenía unas manos enormes; Banks pensó que se convertiría en un hombre corpulento algún día, si conseguía comer bien.

Henry no sabía exactamente por qué lo habían llamado al estudio de Banks, pero era lo bastante avisado como para sospechar lo peor y se sentía muy inquieto. Solo por pura obstinación fue capaz de entrar en el despacho de Banks sin temblar de modo evidente.

Por Dios, a pesar de todo, ¡qué estudio tan hermoso! Y qué espléndidamente vestía Joseph Banks, con su peluca reluciente y el traje de terciopelo negro, las hebillas de los zapatos lustradas y las medias blancas. En cuanto pasó por la puerta, Henry calculó el precio del delicado escritorio de caoba, contempló codicioso la excelente colección de cajas apiladas en cada estante y admiró el apuesto retrato del capitán Cook que colgaba en la pared. Madre de perros muertos, ¡solo el marco de ese retrato costaría noventa libras!

A diferencia de su padre, Henry no se inclinó en presencia de Banks, sino que se irguió ante el gran hombre y lo miró a los ojos. Banks, sentado, consintió que Henry permaneciese en silencio, tal vez a la espera de una confesión o una súplica. Pero Henry no confesó ni suplicó, ni agachó la cabeza avergonzado, y si sir Joseph Banks pensaba que Henry Whittaker iba a ser tan necio como para hablar el primero en semejantes circunstancias, es que no lo conocía.

Por lo tanto, al cabo de un largo silencio, Banks comenzó:

—Dime, entonces... ¿por qué no debería enviarte a la horca de Tyburn?

«Entonces es eso — pensó Henry —. Se acabo».

No obstante, el muchacho se esforzó en diseñar un plan. Tenía que encontrar una táctica, y tenía que encontrarla en un momento fugaz y exiguo. No había pasado la vida recibiendo una paliza tras otra de sus hermanos sin haber aprendido nada acerca de luchar. Cuando un oponente más grande y más fuerte ha asestado el primer puñetazo, solo queda una oportunidad de devolver el golpe antes de caer aporreado en el suelo, y lo mejor era un ataque inesperado.

—Porque soy un pilluelo muy útil — dijo Henry.

Banks, quien disfrutaba con los incidentes inusuales, bramó con una carcajada inesperada.

—Confieso que no te veo utilidad alguna, joven. Todo lo que has hecho por mí es robarme mi tesoro, conseguido con tanto esfuerzo.

No era una pregunta, pero Henry contestó de todos modos.

—Tal vez lo he podado un poco — dijo.

—¿No lo niegas?

—Ni todos los rebuznos del mundo cambiarían eso, ¿verdad?

Una vez más, Banks se rio. Tal vez pensó que el muchacho exhibía un falso coraje, pero la valentía de Henry era real. Co-

mo lo era también su miedo. Como lo era su falta de remordimientos. Durante toda su vida, Henry pensó que el remordimiento era una debilidad.

Banks cambió de táctica:

—Debo decir, joven, que eres una desgracia para tu padre.

—Y él para mí, señor —repuso Henry.

Una vez más, la carcajada sorprendida de Banks.

—Vaya, ¿de verdad? ¿Qué mal te ha hecho ese buen hombre?

—Me hizo pobre, señor —dijo Henry. En ese momento, comprendiendo todo de repente, Henry añadió—: Fue él, ¿verdad? ¿Fue él quien me delató?

—Sin duda alguna. Es un alma honorable, tu padre.

—Menos conmigo, ¿eh? —Henry se encogió de hombros.

Banks escuchó y asintió, concediéndole generosamente la razón. A continuación, preguntó:

—¿A quién has estado vendiendo mis plantas?

Henry contó los nombres con los dedos:

—Mancini, Flood, Willink, LeFavour, Miles, Sather, Evashevski, Feuerle, lord Lessig, lord Garner...

Banks lo interrumpió con un gesto de la mano. Miró al joven con un asombro indisimulado. Por extraño que parezca, si hubiese sido una lista más modesta, el enojo de Banks habría sido mayor. Pero esos eran los nombres de los botánicos más célebres del momento. A algunos de ellos Banks los consideraba amigos. ¿Cómo habría dado con ellos este niño? Algunos de esos hombres no habían ido a Inglaterra desde hacía años. El niño debía estar *exportando*. ¿Qué tipo de campaña había organizado esta criatura delante de sus mismísimas narices?

—¿Cómo es que sabes cuidar las plantas? —preguntó Banks.

—Siempre he sabido de plantas, señor, toda la vida. Es como si las conociese desde antes de nacer.

—¿Y esos hombres te pagan?

—O no reciben las plantas, claro —dijo Henry.

—Debes de estar ganando un buen dinero. De hecho, habrás acumulado un montón de dinero en los últimos años.

Henry era demasiado astuto para responder.

—¿Qué has hecho con el dinero que has ganado, joven?
—insistió Banks—. Ya veo que no lo has invertido en ropa. Sin duda, tus ganancias pertenecen a Kew. Así que ¿dónde están?

—Han desaparecido, señor.

—¿Desaparecido? ¿Cómo?

—Los dados, señor. Tengo debilidad por el juego, ¿sabe?

Eso podría ser o no ser cierto, pensó Banks. Pero el muchacho tenía más valor que cualquier bestia bípeda que hubiese visto antes. Banks se sentía intrigado. Era un hombre que, al fin y al cabo, tenía a un pagano como mascota y que, para ser sinceros, disfrutaba de la reputación de ser medio pagano él mismo. Su condición social le exigía que al menos pretendiese admirar el refinamiento, pero en el fondo prefería un poco de salvajismo. Y ¡qué pequeño gallo salvaje era Henry Whittaker! Banks cada vez se sentía menos inclinado a entregar este curioso ejemplar humano a los alguaciles.

Henry, que lo veía todo, supo que algo ocurría en el rostro de Banks: una atenuación del semblante, una curiosidad naciente, un resquicio para la oportunidad de salvar la vida. Ebrio con el instinto de supervivencia, el muchacho se abalanzó sobre ese resquicio de la esperanza, por última vez.

—No me envíe a la horca, señor —dijo Henry—. Se arrepentirá si lo hace.

—¿Qué propones que haga contigo, en vez de eso?

—Cójame a su servicio.

—¿Por qué? —preguntó Banks.

—Porque soy mejor que nadie.

Capítulo dos

A sí pues, Henry no acabó en la horca de Tyburn, ni su padre perdió el puesto en Kew. Los Whittaker fueron milagrosamente indultados y Henry solo acabó en el exilio, enviado al mar, por orden de sir Joseph Banks, a descubrir en qué le convertiría el mundo.

Era 1776 y el capitán Cook estaba a punto de embarcarse en su tercer viaje alrededor del mundo. Banks no iba a formar parte de esta expedición. Sencillamente, no había sido invitado. Tampoco había sido invitado al segundo viaje, lo cual le había humillado. Las extravagancias y la necesidad de atención de Banks habían disgustado al capitán Cook y, qué vergüenza, lo había sustituido. Cook iba a viajar con un botánico más humilde, alguien más fácil de controlar: el señor David Nelson, un jardinero tímido y competente de Kew. Pero Banks deseaba entremeterse como fuese en ese viaje y deseaba aún más mantenerse informado acerca de la colección botánica de Nelson. No le agradaba la idea de una importante labor científica realizada a sus espaldas. Por lo tanto, maniobró para enviar a Henry en la expedición como ayudante de Nelson, con instrucciones de observar todo, aprender todo, recordar todo y, al cabo, informar a Banks de todo. ¿Qué mejor uso de Henry Whittaker que colocarlo como informador?

Por otra parte, exiliar a Henry en la mar era una buena estrategia para mantener al muchacho lejos de los jardines Kew durante unos años, a una distancia prudente, a fin de determinar exactamente en qué tipo de persona se convertiría. Tres años en un barco serían más que suficientes para que brotase el verdadero carácter del muchacho. Si acababan ahorcando a Henry del penol por ladrón, asesino o amotinado..., bueno, eso sería problema de Cook, no de Banks, ¿a que sí? Por otra parte, el muchacho quizás demostrase su valía, en cuyo caso Banks contaría con él para el futuro, una vez que la expedición lo hubiese amansado.

Banks presentó a Henry al señor Nelson así:

—Nelson, quisiera que conozca usted a su nueva mano derecha, el señor Henry Whittaker, de los Whittaker de Richmond. Es un pilluelo muy útil y confío en que usted descubra que, cuando se trata de plantas, ya lo sabía todo desde antes de nacer.

Más tarde, en privado, Banks impartió algunos consejos finales a Henry antes de enviarlo al mar:

—Cada día que estés a bordo, hijo, defiende tu salud con ejercicio vigoroso. Escucha al señor Nelson: es aburrido, pero sabe más de plantas de lo que aprenderás tú en toda la vida. Estarás a merced de viejos marinos, pero nunca te quejes de ellos o las cosas te irán muy mal. Mantente alejado de las putas, a menos que desees contraer el mal francés. Va a haber dos barcos, pero irás a bordo del *Resolution*, con Cook en persona. Nunca te cruces en su camino. Nunca le dirijas la palabra. Y, si hablas con él, lo cual no debes hacer nunca, en ningún caso le hables del modo que me has hablado a mí a veces. No le resultará tan entretenido como a mí. No nos parecemos en nada, Cook y yo. Ese hombre es un perfecto dragón del protocolo. Hazte invisible para él, y así serás más feliz. Por último, debo decirte que, a bordo del *Resolution*, al igual que en todas las embarcaciones de su majestad, te encontrarás en medio de un extraño conciliábulo de

granujas y caballeros. Sé inteligente, Henry: sigue el ejemplo de los caballeros.

El semblante intencionadamente inexpresivo de Henry era indescifrable para todo el mundo, así que Banks no percibió el sorprendente efecto de esta última frase. A oídos de Henry, Banks acababa de sugerir algo extraordinario: la posibilidad de que Henry, algún día, se convirtiese en un caballero. Más que como una posibilidad, incluso, casi había sonado como una orden, y una orden muy bienvenida: «Aventúrate en el mundo, Henry, y aprende a ser un caballero». Y, durante esos años duros y solitarios que Henry iba a pasar en el mar, quizás esta despreocupada declaración de Banks no hizo sino crecer en su mente. Quizás no hizo sino pensar en ella. Quizás, con el tiempo, Henry Whittaker, ese muchacho ambicioso y esforzado, dominado por el instinto de triunfar, llegó a recordar esas palabras como si se tratasen de una promesa.

Henry zarpó de Inglaterra en agosto de 1776. Los objetivos declarados de la tercera expedición de Cook eran dos. El primero era navegar a Tahití, para devolver la mascota de sir Joseph Banks (el hombre llamado Omai) a su patria. Omai se había cansado de la vida cortesana y anhelaba regresar a casa. Se había vuelto huraño, gordo y difícil, de modo que Banks se cansó de su mascota. La segunda tarea consistía en navegar hacia el norte, hasta la costa del Pacífico del continente americano, en busca del paso del Noroeste.

Las dificultades de Henry comenzaron al instante. Se alojaba bajo cubierta, junto al gallinero y los barriles. Las aves de corral y las cabras alborotaban a su alrededor, pero él no se quejó. Fue acosado, despreciado, golpeado por adultos de manos curtidoras por la sal y muñecas como yunques. Los viejos marinos se

burlaban de él por ser una anguila de agua dulce que no sabía nada de los escollos de viajar por mar. En todas las expediciones había hombres que morían, aseguraban, y Henry sería el primero en morir.

Lo subestimaron.

Henry era el más joven, pero no, como se demostró pronto, el más débil. No era una vida mucho más incómoda que la única que había conocido. Aprendió todo lo que necesitaba aprender. Aprendió a secar y preparar las plantas del señor Nelson para el historial científico, a pintar ejemplares al aire libre (ahuyentando a las moscas que se posaban en los pigmentos incluso mientras los mezclaba), pero también aprendió a ser útil en el barco. Tuvo que frotar cada grieta del *Resolution* con vinagre y se vio obligado a quitar los bichos de la cama de los viejos marinos. Ayudó al carnicero del barco a salar y embarrilar cerdos, y aprendió a manejar la máquina de destilar agua. Aprendió a tragarse el vómito, en lugar de revelar sus mareos para regocijo de todos. Soportó las tempestades sin mostrar miedo a los cielos o a ningún hombre. Comió tiburones y también los peces medio descompuestos que había en el vientre de estos. Vio a un hombre mayor, un marino experimentado, caer por la borda y ahogarse, y otros hombres murieron de infecciones, pero no Henry.

Atracó en Madeira, en Tenerife, en la bahía de la Mesa. Ahí, en Ciudad del Cabo, se encontró por primera vez con representantes de la Compañía Neerlandesa de las Indias Orientales, quienes le impresionaron por su sobriedad, competencia y riquezas. Vio a los marinos perder todas sus ganancias en las mesas de juego. Vio a la gente pedir préstamos a los holandeses, quienes daban la impresión de no apostar nunca. Henry no apostó tampoco. Vio cómo a un compañero marino, un aspirante a falsificador, lo descubrían haciendo trampas y lo azotaban como castigo hasta perder el conocimiento..., por orden del capitán Cook. Él no me-

reció castigo alguno. Al cruzar el cabo de Buena Esperanza en medio del hielo y la ventisca, Henry tiritó por la noche bajo una fina manta, con las mandíbulas entrechocando con tal fuerza que se rompió un diente, pero no se quejó. Celebró la Navidad en una isla de un frío atroz entre lobos marinos y pingüinos.

Desembarcó en Tasmania y vio nativos desnudos... o, como los llamaban los británicos (al igual que a todas las personas de cutis cobrizo), «indios». Vio al capitán Cook dar medallas a los indios como recuerdo, con grabados de Jorge III y la fecha de la expedición, para celebrar este encuentro histórico. Vio a los indios clavar de inmediato las medallas en los anzuelos y las puntas de las lanzas. Perdió otro diente. Vio que los marinos ingleses no creían que la vida de los indios salvajes tuviese importancia alguna, mientras Cook trataba en vano de enseñarles lo contrario. Vio a los marinos forzar a las mujeres que no lograban persuadir, persuadir a las mujeres que no podían pagarse y comprar hijas a sus padres, si los marinos disponían de hierro para cambiar por carne. Evitó a todas las mujeres.

Pasó largos días a bordo del barco, ayudando al señor Nelson a dibujar, describir y clasificar sus colecciones botánicas. No albergaba afecto por el señor Nelson, pero deseaba aprender todo lo que este sabía.

Desembarcó en Nueva Zelanda, que le pareció una copia exacta de Inglaterra, salvo por las jóvenes tatuadas que se podían comprar por un puñado de monedas. No compró ninguna joven. Vio que sus compañeros marinos, en Nueva Zelanda, compraban dos hermanos entusiastas y enérgicos (de diez y quince años) a su padre. Los niños se incorporaron a la expedición como ayudantes. Querían venir, aseguraban. Pero Henry sabía que los niños no tenían ni idea de lo que significaba dejar a su gente. Se llamaban Tibura y Gowah. Trataron de entablar amistad con Henry, pues era el más cercano a su edad, pero él no les hizo caso. Eran esclavos y estaban condenados. No deseaba relacionarse

con los condenados. Vio a los niños neozelandeses comer perros crudos y añorar su hogar. Sabía que acabarían muriendo.

Partió a las verdes, turgentes, perfumadas tierras de Tahití. Vio que cuando el capitán Cook volvió a Tahití le dieron la bienvenida como si fuera un gran rey, un gran amigo. El *Resolution* fue recibido por un enjambre de indios, que nadaron hacia el barco y llamaron a gritos a Cook. Henry vio que Omai (el nativo que llegó a conocer al rey Jorge III) fue acogido primero como un héroe y luego, poco a poco, como un forastero de quien recelaban. Vio que ahora Omai no pertenecía a ninguna parte. Vio a los tahitianos bailar al compás de cuernos y gaitas ingleses, mientras que el señor Nelson, su rancio maestro botánico, se emborrachó una noche y se desnudó hasta la cintura y bailó con los tambores tahitianos. Henry no bailó. Vio al capitán Cook ordenar al barbero del barco que amputase las dos orejas a un nativo por haber robado dos veces hierro de la forja del *Resolution*. Vio a uno de los jefes tahitianos tratar de robar un gato a los ingleses y recibir un latigazo en la cara.

Vio al capitán Cook prender fuegos artificiales en la bahía de Matavai para impresionar a los nativos, pero solo los asustó. En una noche más tranquila, vio el millón de luces del cielo sobre Tahití. Bebió de cocos. Comió perros y ratas. Vio templos de piedra, cubiertos de cráneos humanos. Subió las traicioneras avenidas de los acantilados, junto a las cascadas, para recolectar muestras de helechos para el señor Nelson, incapaz de escalar. Vio al capitán Cook luchar para mantener el orden y la disciplina de sus subordinados, si bien el libertinaje reinaba. Todos los marineros y oficiales se habían enamorado de tahitianas y de cada una de ellas se decía que conocía un acto amoroso secreto y especial. Los hombres no querían irse de la isla. Henry se mantuvo alejado de las mujeres. Eran hermosas, sus pechos eran hermosos, su cabello era hermoso, su aroma era extraordinario y habitaban sus sueños..., pero casi todas padecían

el mal francés. Resistió cientos de fragantes tentaciones. Lo ridiculizaron por ello. Las resistió, no obstante. Planeaba algo grandioso para sí mismo. Se concentró en la botánica. Recolecó gardenias, orquídeas, jazmines, árboles del pan.

Continuaron navegando. Vio que a un nativo en las islas Amigables le cortaban el brazo por el codo, por orden del capitán Cook, por haber robado un hacha del *Resolution*. Recogía ejemplares con el señor Nelson en esas islas cuando los nativos les tendieron una emboscada; los despojaron de la ropa y (mucho peor) de las muestras botánicas y los cuadernos. Quemados por el sol, desnudos y sobrecogidos, regresaron al barco, pero ni siquiera entonces Henry se quejó.

Con atención, observó a los caballeros a bordo, para fijarse en su comportamiento. Imitó su forma de hablar. Practicó su dicción. Mejoró sus modales. Una vez oyó a un oficial decir a otro: «A pesar de lo artificial que ha sido siempre la aristocracia, aún constituye la mejor defensa contra la muchedumbre analfabeta e irreflexiva». Vio que los oficiales impartían honores una y otra vez a cualquier nativo que se asemejase a un noble (o, al menos, que se asemejase un poco a la idea de nobleza de un inglés). En todas las islas que visitaron, los oficiales del *Resolution* destacaban a un hombre cualquiera de piel morena que lucía ornamentos más elegantes, o que llevaba más tatuajes, o que portaba una lanza más grande, o que tenía más esposas, o que era llevado en una litera por otros hombres, o que (ante la falta de esos lujos) era, simplemente, más alto que los demás. Los ingleses trataban a esa persona con respeto. Este sería el hombre con quien negociarían, y a quien cubrirían de regalos, y a quien, a veces, proclamarían «el rey». Concluyó que, fuesen donde fuesen, los caballeros ingleses siempre iban en busca de un rey.

Henry cazó tortugas y comió delfines. Fue comido por hormigas negras. Continuó navegando. Vio indios diminutos

con conchas enormes en los oídos. Vio una tormenta en los trópicos que tiñó el cielo de un verde enfermizo, lo único que asustó visiblemente a los viejos marinos. Vio montañas ardientes llamadas volcanes. Navegaron hacia el norte. Volvió a hacer frío de nuevo. Comió ratas de nuevo. Desembarcaron en la costa occidental de América del Norte. Comió venado y renos. Vio a personas vestidas con pieles que comerciaban con cuero de castor. Vio cómo la cadena del ancla se enganchaba a la pierna de un marino de modo que fue arrastrado al mar y murió.

Navegaron más lejos, aún hacia el norte. Vio casas hechas con costillas de ballena. Compró la piel de un lobo. Recolecó primulas, violetas, grosellas y enebro con el señor Nelson. Vio indios que vivían en agujeros en el suelo y que escondían a sus mujeres de los ingleses. Comió cerdo en salazón relleno de gusanos. Perdió otro diente. Llegó al estrecho de Bering y oyó bestias aullando en la noche del Ártico. Todas sus posesiones secas se empaparon y, poco después, se helaron. Vio cómo le crecía la barba. A pesar de ser tan rala, colgaban carámbanos de ella. La cena se congeló en el plato antes de poder comerla. No se quejó. No quería que le dijese a sir Joseph Banks que en algún momento se había quejado. Cambió su piel de lobo por un par de raquetas para la nieve. Vio morir al señor Anderson, el cirujano del barco, sepultado en el mar ante el panorama más desolado que un hombre pudiera imaginar: un mundo helado de noches perpetuas. Vio a los marinos lanzar cañonazos a los leones de mar de la costa, por diversión, hasta que no quedó ni un animal vivo en la playa.

Vio la tierra que los rusos llamaban Elaskah. Ayudó a hacer cerveza de abeto, que los marinos odiaban, pero no tenían nada más que beber. Vio indios que habitaban en antros tan incómodos como las madrigueras de los animales que cazaban y comían, y conoció rusos, encallados en una estación ballenera. Escuchó al capitán Cook comentar, acerca del oficial ruso al mando (un hombre rubio, alto y apuesto): «Evidentemente, es un caballero

de buena familia». En todas partes, al parecer, incluso en esta tundra inhóspita, era importante ser un caballero de buena familia. En agosto, el capitán Cook se dio por vencido. Era incapaz de encontrar el paso del Noroeste, y el *Resolution* estaba bloqueado por catedrales de hielo. Cambiaron de rumbo y se dirigieron al sur.

Apenas se detuvieron hasta llegar a Hawái. No deberían haber ido a Hawái. Habrían estado más seguros muriendo de hambre en el hielo. Los reyes de Hawái estaban enojados y los aborígenes eran ladrones y se mostraban agresivos. Los hawaianos no eran tahitianos (no eran amigos amables) y, además, eran millares. Pero el capitán Cook necesitaba agua fresca, y tuvo que permanecer en el puerto hasta abastecer las bodegas de nuevo. Hubo muchos robos por parte de los indios y muchos castigos por parte de los ingleses. Hubo disparos, hubo indios heridos, hubo jefes consternados, hubo intercambios de amenazas. Algunos hombres afirmaron que el capitán Cook estaba perdiendo los estribos, que se volvía cada vez más brutal, dominado por rabietas más teatrales y una furia más rabiosa tras cada robo. Aun así, los indios siguieron robando. No podían permitirlo. Sacaban los clavos del mismo barco. Robaron barcas, y armas también. Hubo más disparos y hubo más indios muertos. Henry no durmió durante días, avizor. Nadie dormía.

El capitán Cook bajó a tierra, en busca de una audiencia con los jefes, para apaciguarlos, pero lo recibieron cientos de hawaianos furiosos. En apenas un momento, el gentío se convirtió en una turba. Henry vio cómo mataban al capitán Cook, cuyo pecho perforó la lanza de un nativo, cuya cabeza fue aporreada y cuya sangre se mezcló con las olas. En un instante, el gran navegante dejó de existir. Su cuerpo fue arrastrado por los nativos. Esa misma noche, más tarde, como afrenta final, un indio en canoa arrojó un trozo del muslo del capitán Cook a bordo del *Resolution*.

Henry vio a los marinos ingleses quemar el poblado entero como castigo. A duras penas contuvieron a los marinos ingleses para que no mataran a todos los hombres, mujeres y niños indios de la isla. Las cabezas de dos indios fueron cortadas y clavadas en estacas..., y habría más, prometieron los marinos, hasta que devolvieran el cadáver del capitán Cook para darle una sepultura decente. Al día siguiente, el resto del cadáver de Cook llegó al *Resolution*, sin vértebras y sin pies, que no se recuperaron nunca. Henry vio cómo los restos de su comandante recibían sepultura en el mar. El capitán Cook nunca dirigió la palabra a Henry, y este, que acató el consejo de Banks, se apartó del camino de Cook. Pero ahora Henry Whittaker estaba vivo, y el capitán Cook no.

Pensó que tal vez volverían a Inglaterra tras este desastre, pero no fue así. Un tal señor Clark tomó el mando. Su misión no había cambiado: volver a intentar hallar el paso del Noroeste. Cuando volvió el verano, navegaron hacia el norte una vez más, hacia ese frío espantoso. Henry recibió andanadas de ceniza y piedra pómez procedentes de un volcán. Hacía tiempo que se habían comido todas las verduras frescas y bebían agua salobre. Los tiburones seguían al barco, para comerse los baldes de las letrinas. Henry y el señor Nelson registraron once nuevas especies de pato polar, de las cuales comieron nueve. Vio a un oso blanco gigantesco pasar nadando junto al barco, con aire amenazante y perezoso. Vio a los indios atarse a sí mismos a pequeñas canoas cubiertas de pieles y navegar por las aguas como si ellos y sus embarcaciones fueran un solo animal. Vio a indios correr por el hielo, arrastrados por perros. Vio al sustituto del capitán Cook (el capitán Clark) morir a los treinta y ocho años y recibir sepultura en el mar.

Ahora Henry había sobrevivido a dos capitanes ingleses.

Una vez más, renunciaron al paso del Noroeste. Navegaron hacia Macao. Vio flotas de juncos chinos, y de nuevo se en-

contró con representantes de la Compañía Neerlandesa de las Indias Orientales, que parecían estar en todas partes, con esas prendas sencillas de color negro y esos zuecos humildes. Tuvo la impresión de que, en cualquier parte del mundo, alguien le debía dinero a un holandés. En China, Henry se enteró de una guerra con Francia y de una revolución en Estados Unidos. Fue la primera vez que oyó hablar de ello. En Manila, vio un galeón español que, según se decía, estaba cargado con un tesoro de plata de dos millones de libras. Cambió sus raquetas de nieve por una chaqueta naval española. Cayó enfermo por la gripe (como todos ellos), pero sobrevivió. Llegó a Sumatra, y luego a Java, donde, una vez más, vio a los holandeses ganar dinero. Tomó nota de ello.

Rodearon el cabo por última vez y se dirigieron de vuelta a Inglaterra. El 6 de octubre de 1780 se encontraban a salvo en Deptford. Henry había pasado cuatro años, tres meses y dos días en el mar. Ya era un joven de veinte años. Durante todo el viaje, había tenido una conducta caballerosa. Esperaba y deseaba que se mencionase. Asimismo, había sido un ferviente observador y coleccionista de plantas, tal como se le había pedido, y estaba preparado para presentar su informe a sir Joseph Banks.

El barco partió, recibió su salario, buscó pasaje a Londres. La ciudad era un horror nauseabundo. El año 1780 había sido horrible para Gran Bretaña —turbamultas, violencia, fanatismo antipapista, la mansión del señor Manfield quemada, las mangas del arzobispo de York arrancadas y arrojadas a su cara en plena calle, las cárceles abiertas, la ley marcial—, pero Henry no sabía nada de todo ello, y tampoco le importaba. Caminó al número 32 de Soho Square, directamente al domicilio particular de Banks. Henry llamó a la puerta, anunció su nombre y aguardó, dispuesto a recibir su recompensa.

Banks lo envió a Perú.

Esa sería la recompensa de Henry.

Banks se quedó estupefacto cuando vio a Henry Whittaker ante su puerta. A lo largo de los últimos años, casi se había olvidado del muchacho, si bien era demasiado inteligente y educado como para manifestarlo. Banks atesoraba una asombrosa cantidad de información, así como una enorme responsabilidad. No solo coordinaba la expansión de los jardines Kew, sino que también supervisaba y financiaba innumerables expediciones botánicas por todo el mundo. Durante la década de 1780 difícilmente atracaba un buque en Londres que no llevara una planta, una semilla, un bulbo o un esqueje para sir Joseph Banks. Además, ocupaba un lugar en la sociedad ilustrada y metía mano en todos los nuevos avances científicos en Europa, desde la química hasta la astronomía, pasando por la cría de ovejas. En pocas palabras, sir Joseph Banks era un caballero ocupadísimo que no había pensado en Henry Whittaker durante los últimos cuatro años tanto como este había pensado en él.

No obstante, al recordar al hijo del hortelano, consintió que Henry entrara en su estudio y le ofreció una copa de oportó, que Henry rechazó. Pidió al muchacho que le contase todo sobre el viaje. Por supuesto, Banks sabía que el *Resolution* había llegado sano y salvo a Inglaterra, y había recibido las cartas del señor Nelson, pero Henry era la primera persona que Banks veía procedente del barco, y por lo tanto le dio la bienvenida (tras recordar de quién se trataba) con una curiosidad penetrante. Henry habló durante casi dos horas, desgranando detalles tanto botánicos como personales. Habló con más libertad que delicadeza, cabría decir, por lo cual su crónica fue un tesoro. Al final de la narración, Banks se encontró informado de la forma más deliciosa. No había nada que Banks disfrutase más que saber cosas que otras personas ignoraban que sabía, y de esta forma —mucho antes de disponer de los registros oficiales y polí-

ticamente embellecidos del *Resolution*— ya sabía todo lo que había ocurrido en la tercera expedición de Cook.

Mientras Henry hablaba, Banks se sintió cada vez más impresionado. Banks percibió que Henry había dedicado los últimos años no tanto a estudiar botánica como a conquistarla, y que tenía el potencial de convertirse en un cultivador de primera magnitud. Banks comprendió que tenía que hacerse con este muchacho antes de que alguien se lo afanara. El propio Banks era un afanador compulsivo. A menudo recurría a su dinero y su encanto para embaucar a jóvenes prometedores de otras instituciones y expediciones, y ponerlos al servicio de Kew. Naturalmente, había perdido a algunos jóvenes a lo largo de los años, tentados por puestos seguros y lucrativos al frente de jardines de fincas ricas. Banks no iba a perder a este, decidió.

Henry tal vez fuese un maleducado, pero a Banks no le molestaban los maleducados con tal de que fuesen competentes. Gran Bretaña producía más naturalistas que linaza, pero la mayoría eran brutos y diletantes. Mientras tanto, Banks ansiaba nuevas plantas. Con mucho gusto habría embarcado él mismo en una expedición, pero ya tenía casi cincuenta años y padecía gota. Estaba hinchado y dolorido, atrapado la mayor parte del día en el sillón del escritorio. Por lo cual necesitaba enviar coleccionistas en su lugar. Encontrarlos no era una tarea tan sencilla como podría parecer. No había tantos jóvenes sanos como sería deseable; jóvenes dispuestos a ganar una miseria para morir de fiebres en Madagascar, naufragar frente a las Azores, ser asaltados por bandidos en la India o hechos prisioneros en Granada, o simplemente para desaparecer para siempre en Ceilán.

El truco consistía en que Henry sintiese que ya estaba destinado a trabajar para Banks, y no conceder al muchacho tiempo para reflexionar, para que alguien le advirtiese, para enamorarse de alguna joven descarada o para hacer sus propios

planes de futuro. Banks necesitaba convencer a Henry de que el futuro estaba escrito, y que su futuro ya pertenecía a Kew. Henry era un joven seguro de sí mismo, pero Banks sabía que su riqueza, poder y fama le otorgaban una ventaja; de hecho, a veces le hacían parecer la mano de la providencia divina. El truco consistía en emplear esa mano impasible y rápidamente.

— Buen trabajo — dijo Banks cuando Henry terminó de contar sus historias —. Has obrado bien. La semana que viene te voy a enviar a los Andes.

Henry tuvo que pensar un momento. ¿Qué eran los Andes? ¿Islas? ¿Montañas? ¿Un país? ¿Como Holanda?

Pero Banks seguía hablando, como si todo estuviera decidido.

— Voy a financiar una expedición botánica al Perú, y sale el miércoles próximo. El señor Ross Niven estará al mando. Es un viejo y duro escocés; tal vez demasiado viejo, si me permites la franqueza, pero nunca conocerás a alguien más resistente. Conoce los árboles como la palma de su mano, y me atrevo a decir que conoce América del Sur de la misma forma. Prefiero un escocés a un inglés para este tipo de trabajo, ¿sabes? Son más fríos y constantes, más dispuestos a perseguir su objetivo con ardor incansable, que es lo que uno desea al frente de una expedición. Tu salario, Henry, es de cuarenta libras al año, y si bien no es un salario con el que un joven pueda engordar, es un puesto honorable, que conlleva la gratitud del Imperio británico. Como todavía estás soltero, estoy seguro de que te las arreglarás. Cuanto más austero seas ahora, Henry, más rico serás algún día. — Henry parecía a punto de formular una pregunta, así que Banks se apresuró —: Imagino que no hablas español, ¿verdad? — preguntó en tono contrariado. Henry negó con la cabeza. Banks suspiró, con una decepción exagerada —. Bueno, ya aprenderás, supongo. Aun así, te permito ir en la expedición. Niven ya habla ese idioma, aunque con unas erres muy cómicas. De